

>> Editorial

Cada día más cerca del más allá

La manera de pensar la muerte no ha sido igual en todos los tiempos y culturas. No siempre la humanidad le ha rehuído. Philippe Ariés ha investigado profundamente sobre su historia en occidente y denomina muerte domada al modo en que se la consideraba en los alrededores del Siglo XII.

En esos tiempos la muerte era aceptada con familiaridad, lo cual la hacía llevadera. La muerte se entendía como Destino, y esto es lo que daba el marco adecuado para su aceptación. Había una actitud de resignación, era tomada de forma apacible y hasta las personas solían organizar antes de su propia muerte la ceremonia donde participarían parientes, amigos, vecinos y hasta los niños.

Es a finales del siglo XV que se le da un nuevo sentido a la muerte. Se la dramatiza, se la exalta. Al igual que el acto sexual, la muerte es considerada una transgresión, una ruptura. La muerte agita a la gente, genera llantos, rezos, gritos, gesticulaciones. Se transforma en intolerable.

Claramente, se había producido un cambio de la muerte aceptada a una muerte dramatizada.

En el siglo XIX el duelo vuelve a transformarse nuevamente. El cementerio recupera su zona física y a la vez moral, se comienza a visitar el lugar, y es el recuerdo lo que hace inmortal a las personas. Es una época de rituales, cortejos, ropa de luto, un verdadero culto al recuerdo.

En el SXX y hasta finales de la década de los 60, las personas aún morían en sus casas, rodeadas de familiares. Va a ser en los años 70 que la muerte se vuelve vergonzosa y ajena, denominada por Ariés la muerte vedada. Se transformó en una cuestión técnica. Se modificaron los ritos funerarios, la idea es, que no se note que pasó la muerte. -ya no se da el pésame- no se entierra a los muertos, no se los visita, no tienen lugar.

Morir se convierte casi en un pecado ante un mundo que aboga por la felicidad perpetua y en donde, claramente, nos sentimos inmortales.

En el siglo XXI el sueño de ser inmortales está cada vez más cerca, al menos digitalmente. Contamos con la tecnología de los Chad Bott, avatares, hologramas y hasta se intenta para el 2045 desarrollar hologramas con un cerebro artificial en el que se pueda cargar la personalidad de cada uno de nosotros, la idea es que la esencia del ser humano, su forma de hablar y actuar siga viva. Se habla de "alma digital", así lo refieren los alemanes Hans Block y Moritz Riesewieck en su libro, donde sostienen

que los algoritmos y la inteligencia artificial pueden analizar el comportamiento on line de cada individuo, algo así como extraer nuestra personalidad a través de big data. Los chatbot se basan en entrevistas en el que las personas hablan de sus vidas y luego sus seres queridos pueden utilizar una app o un asistente de voz en el que, al realizar una pregunta sobre la persona fallecida, el bot responde con la voz de la persona. Los hologramas son casi un clon inmortal.

A su vez se pueden encontrar lápidas no en el cementerio, sino en línea disponibles a través de códigos QR. Es posible acceder a una web diseñada para el fallecido, donde se puede interactuar.

Sin duda, nos es difícil aceptar la muerte, un vacío que nos provoca. Mantener la memoria viva de quien ya no está vivo ha sido importante, en todos los tiempos, en todas las culturas, ahora es la tecnología la que se abre lugar para recrear la memoria. Pero, nunca olvidemos, que es posible interrogarnos sobre lo que queremos y cómo. ¿Queremos que sea la tecnología, la inteligencia artificial la que elija los recuerdos que no debemos olvidar?

Para Freud la muerte es irrepresentable, no tiene inscripción psíquica, es imposible de definir. Por ello a lo largo de la historia el ser humano ha intentado horadarla.

El duelo es propio del sujeto humano, en el que cada cual va a enhebrar los hilos de versiones y recuerdos propios del ser querido que ha muerto, se entrelazan los gestos, las miradas, los tonos, el modo de habitar la vida, las historias, los relatos, los mitos que se transmiten y se perciben de forma inconsciente y absolutamente singular. La muerte se da en lo real, pero debemos intentar atraparla simbólicamente, bordearla cada cual, a su manera. Cada cual teje la trama, eso hace que el deudo y el muerto tengan un singular y único lazo, la muerte es indecible.

Los ritos, los obituarios, los cementerios, y ahora podríamos incluir los formatos digitales, son intentos de velar la muerte, es un modo de enmascarar la muerte. Antes los lutos, los rituales, luego hacerlos desaparecer sin siquiera palabra alguna, ahora hologramas, avatares, todas formas de enfrentar la angustia que la pérdida de un ser querido nos provoca.

Elaborar un duelo es subjetivarlo, no solo se pierde al sujeto que muere, sino que se pierde una parte nuestra, esa que nos enlazaba al otro, esa que compartíamos con el otro. La muerte es una estocada, un impacto psíquico, nos angustia, nos conmueve, y es necesario poder circunscribirlo en lo público a través de los rituales, poner palabras, enlazar la historia.